

vehículo. A pesar de que el relleno de vísceras se le escurría por entre la cintura abierta, con la ristra de intestinos enganchada a los parabrisas y resbalando bajo la luna rajada, el medio vivo medio muerto comenzó a lanzar dentelladas a la pobre mujer, cuyos chillidos apenas ya le llegaban al cuello ensangrentado de su camisa. El zombi le enganchó los pechos generosos y empezó a mordisquearle los pezones, la clavícula y el cuello. Ella le golpeaba en la cabeza e intentaba meterle los dedos en los ojos, introduciendo la una partida de su pulgar en el lacrimal infectado del monstruo. El estómago rojo penetraba sin oposición, reventando el globo como si fuera un huevo podrido, hundiéndose en los humores que flotaban en la cuenca vaciada. Pero el revivido no cejaba en su empeño de mutilarla, masticando trozos de piel y músculo de la señora. Como el capricho de la velocidad había querido que aquellos dos seres inválidos estuvieran condenados a

tus músculos desaparecen. Se te va la vida justo cuando vuelves a ver la luz. Ya sólo eres comida.

El redivivo se convulsionaba encima de aquella oronda mujer, salivando espumajos del color del agua estancada. Ella tenía las dos piernas rotas debido a la colisión de su automóvil contra un árbol del tamaño de una casa. El habitáculo se hundía por encima de sus rodillas rechonchas, aplastándole los huesos y tendones en un amontarado pastel de carne de mujer. Entre medias del tronco y el capó, plegado como un metálico origami, aparecía el medio cuerpo hambriento de aquella aberración. Su otra mitad había quedado enredada bajo las ruedas del

la acción de la bilis extraterrena que enjuga sus mollejas. Te queman los pies, las botas se te deshacen entre los jugos gástricos que fluyen viscosos a tu alrededor, disolviendo restos de gente. No soportas el hedor a entraña y putrefacción. Vomitás, y el estómago del monstruo acoge tu descomposición en su seno. Las tripas braman, temblientes perdido en mitad de una caverna de horror. En la oscuridad, alcanzas a ver una cabeza mutilada, restos de carne que burbujean y lentamente se deshacen. Entonces, una ola de bilis te cae encima desde todos los esfínteres que engalanán aquél palacio. Te sientes arder, evaporarte, la carne se te escurre entre los huesos, algunos se parten, descubres que ya no tienes piel. Enloquecido, clavas tus tibias astilladas en las paredes del estómago que te quiere comer. Las cerdas se retuerzen. Lentamente te abres paso entre el tejido blando y los jugos se vierten por el agujero que horadadas en la carne del monstruo. Quieres escapar, pero

Las cerdas epiteliales que forran el estómago del monstruo te llegan por las rodillas. Te agarras a ellas para no tropezar con la inmundicia y los trozos de persona que flotan entre los licores digestivos de la bestia, pero aquellos filamentos palpitantes se aprovechan de tus manos e intentan consumirlas. Las sueltas angustiado, intentando buscar a aquellas dos personas que estaban junto a ti en el momento en que el monstruo os vio y os alcanzó. Ves a una de ellas. A la mujer morena. Su cuerpo a medio digerir está fundido en una inmensa bola de pelo. Pelo de monstruo que la bestia regurgita en colosales bramidos de atragantamiento. Apartas la vista de aquella aberración y piensas en la maldita suerte que has corrido al no haber sido despedazado por los dientes de la criatura. Estás ahí, entero, empezando a disolverte por

<http://ventaiassdeserunhi.popotamo.blogspot.com/>

WICROPALEONTOLOGY = 073

Febrero de 2011

<http://nanomediciones.com/>

Licencia de Creative Commons
Reconocimiento-No Comercial-Sin obras derivadas 3.0 Unported
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es_CO

